

# MUERTE EN EL CARLTON

JAVIER  
SAGASTIBERRI



erein



# MUERTE EN EL CARLTON

44

---

cosecha roja

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

*1.ª edición: noviembre de 2021*

Diseño de la colección y portada:  
Cristina Fernández

Maquetación:  
Itxaropena

© Javier Sagastiberri

© EREIN. Donostia 2021

ISBN: 978-84-9109-755-6

D.L.: D 1324-2021

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008

e-mail: [itxaropena@itxaropena.net](mailto:itxaropena@itxaropena.net)

[www.itxaropena.net](http://www.itxaropena.net)

JAVIER SAGASTIBERRI

MUERTE EN  
EL CARLTON

erein



## I.

### LA MUERTE

Miguel Arrozpide oyó, por encima del rumor de las conversaciones, una voz conocida que gritaba su nombre. Se volvió y vio que su amigo, Jon Artolabe, se dirigía hacia él apresuradamente. Advirtió una nota de angustia en su mirada. Se disculpó con su amiga, posó con cuidado en la barra la copa con la que estaba a punto de brindar, y esperó a que Jon esquivara a los invitados que se interponían entre ellos.

En el vestíbulo del hotel Carlton se estaba celebrando el septuagésimo cumpleaños de Juan Artolabe. El amplio salón, en el que se había instalado una barra para servir las bebidas, estaba ocupado por más de cien invitados. El homenajeado era uno de los empresarios más respetados de Bizkaia.

—Mi aita —dijo Jon cuando su amigo le interrogó con la mirada—, en el baño...

Arrozpide, internista en el hospital de Basurto, lo acompañó hasta el servicio de caballeros al que se accedía por el pasillo situado a la izquierda del gran salón. Allí estaba: sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared y el rostro destrozado por lo que parecía el impacto de una bala.

No necesitaba hacerlo, pero comprobó si tenía pulso antes de dirigirse a los presentes.

—Está muerto, sin ninguna duda. Llame al 112 —ordenó al camarero que asomaba la cabeza con curiosidad por encima del hombro de su amigo.

*Ana Larburu (1): Sábado*

Ana Larburu no podía conciliar el sueño. Había discutido con su hijo Álvaro unas horas antes y no conseguía borrar de su recuerdo las palabras que este había pronunciado antes de encerrarse en la habitación.

—Ojalá te hubieras muerto tú y no aita.

Esas palabras la golpeaban sin piedad y ya no sabía qué hacer para librarse de ellas. Había tomado una pastilla para dormir, pero en cuanto lo hizo fue consciente de que aquella vez no le iba a servir de nada. Las palabras de su hijo habían causado tanto dolor que no creía que existiera ningún remedio que pudiera aliviarlo. Cuando oyó el timbre del teléfono móvil respiró tranquila, la noche ya se había terminado. Estaba segura de que se trataba de una muerte y que la noticia amortiguaría el dolor que sentía.

—¿Sí?

—Ana, soy Idoia. Tenemos un homicidio en el Carlton, acaban de avisarme.

—¿Dónde?

—En el hotel Carlton. Me ha llamado Ander. Te espero allí; no tardes, por favor.

No le gustó el tono de su jefa. Los últimos dos años habían sido difíciles. Primero estaba la separación de su marido, que fue amistosa, pero se convirtió en una experiencia desgraciada, casi una pesadilla, por la actitud de su hijo. Luego, la muerte de su ex. Y como guinda del pastel, cuando esperaba que su jefe, Ander, le comunicara que contaba con ella para cubrir la plaza de responsable de la Unidad de Investigación Criminal en



comisión de servicios, un puesto que había ocupado anteriormente Xabier hasta su jubilación, vino ella.

La herida todavía estaba reciente, no había pasado ni un mes. Ander no esperó ni a que se recuperaran de la resaca del día anterior, en la fiesta que celebraron por la jubilación de Xabier. Recordaba con rabia aquel día. Eran las diez de la mañana de un día frío y lluvioso, típico de la época navideña en Bizkaia. Ana acababa de llegar a su despacho y se había acercado a sacar un café solo de la máquina para intentar amortiguar el malestar sordo que le producía la resaca. Mientras esperaba, Ander se asomó a la puerta de su despacho y la invitó a entrar con un gesto de la cabeza. Ella se percató enseguida de que algo no iba bien. Había dado por hecho que iba a comunicarle que la nombraba responsable de la unidad de forma provisional hasta que saliera el concurso, pero vio algo en la mirada de perro apaleado de su jefe que le indicó lo contrario.

—No ha sido cosa mía —se excusó él.

—¿Viene un enchufado?

—Una enchufada —Ander casi gritó al decirlo, se encontraba claramente incómodo—. Bueno, no sé si es una enchufada. Lo que sé es que viene pisando fuerte. En Gipuzkoa hablan muy bien de ella, tiene el récord de casos resueltos.

—Encima voy a tener que aguantar eso.

Ana estuvo tentada de soltarle todo lo que le pasaba por la cabeza, lo que la reconcomía. «Estos dos *hijoputas* hacía días que lo sabían y no me han dicho nada. Querían fiesta hasta el final; total, para qué decírmelo».

—Sois unos cobardes —dijo antes de abandonar el despacho.

Se sintió defraudada. Volvió a su mesa y se quedó mirando al frente, a la mesa vacía que dentro de poco ocuparía otra mujer. Se sintió traicionada y el desaliento la invadió; lo que le esperaba en casa no era mucho mejor.

Se vistió mientras recordaba aquel día. Buscó una gabardina y el paraguas, y se aproximó en silencio a la puerta de la habitación de Álvaro. No se oía nada, su hijo estaría durmiendo. Pensó en dejarle una nota en la cocina, pero todavía estaba dolida por las palabras que había pronunciado unas horas antes y decidió no avisarle: ya se arreglaría por su cuenta. Probablemente estuviera de vuelta antes de que él se levantara de la cama. Ni siquiera se enteraría, pensó con amargura.

Vivían en un segundo piso de la calle Licenciado Poza, por lo que decidió acercarse andando hasta el Carlton, no le llevaría ni diez minutos. Los bares ya habían cerrado, pero las cuadrillas de jóvenes ocupaban todavía las aceras. Dobló por María Díaz de Haro hacia la Gran Vía. Le apetecía disfrutar sola del frío de la noche. Aunque el pavimento estaba húmedo, en ese momento no llovía.

Cuando llegó al hotel observó que había al menos cuatro coches de la Ertzaintza, además de dos ambulancias, y presintió que el caso iba a ser de los más complicados de su carrera. «A ver cómo se comporta Idoia –pensó–, la del récord absoluto de casos resueltos».

Enseñó sus credenciales al ertzaina que custodiaba la entrada; un agente joven, alto y con cara de sueño al que no conocía ni de vista. Un tío guapo, pero demasiado joven para ella. Le sonrió, el tío le devolvió la sonrisa y las credenciales y le señaló el camino con la mano. Lo que vio nada más atravesar la entrada excedía con mucho a los presentimientos que la habían invadido hacía unos instantes. Al principio le costó verlo, deslumbrada por la intensa iluminación del vestíbulo que contrastaba con la oscuridad que la había acompañado en su paseo. Pero cuando su vista se acostumbró, el asombro creció todavía más: había decenas de personas vestidas como si hubieran asistido a una boda. Sus compañeros de uniforme estaban intentando ordenar a toda aquella muchedumbre; había incluso niños que

no llegarían ni a los tres años abrazados a sus madres y con los ojos soñolientos y aturdidos.

No solo llamaba la atención la intensa luz sino la algarrabía de voces y gritos de los ertzainas, y también de muchos de aquellos hombres y mujeres. Intentó localizar a su jefa o a alguno de sus compañeros entre todo aquel gentío que no parecía estar muy conforme con el trato que se le estaba dando, pero no vio a ninguno de ellos. Se acercó a un agente de uniforme y le tocó en el hombro. El ertzaina, de unos cuarenta años, se volvió malhumorado, pero se le cambió la cara cuando Ana se presentó como suboficial de la Unidad de Investigación Criminal.

—¿Dónde están mis compañeros?

—Acompáñeme, por favor, vamos por el lateral. El cadáver está todavía en el baño. Esto es un caos, señora.

—Sí, desde luego, nunca me había tocado asistir a una escena del crimen tan concurrida.

Avanzaron por el lateral de la izquierda y llegaron a un pasillo donde los agentes de uniforme y detectives impedían cualquier visión. En ese momento su compañero Aitor, cuya cabeza sobresalía sobre la del resto de los policías, descubrió a Ana y la recibió con una sonrisa. Él siempre conseguía alegrarle el día, o la noche, porque ya eran más de las tres de la madrugada.

—Kaixo, Ana —gritó—. Apartaos y dejad pasar a nuestro cerebritito, a ver si nos resuelve el caso antes de la hora de ir a misa, que ya estamos en domingo. Varios de los agentes rieron la ocurrencia e hicieron pasillo a la suboficial. Ana empezó a ver caras conocidas, los agentes de la central de Erandio ya habían llegado.

Observó que el pasillo terminaba en la puerta de un servicio de caballeros que se encontraba cerrado en ese momento. Imaginó que la jefa estaría dentro y posiblemente los de la Científica o el forense. Seguro que la escena estaba ya totalmente contaminada.

«Joder, no empezamos con buen pie –pensó desalentada–. Una escena arruinada y decenas de sospechosos».

Cuando vio que era imposible llegar hasta el cadáver, se dirigió a su compañero, quien estaba ya esperando sus órdenes.

—Aitor, vamos a poner orden en el vestíbulo. Ya sabes lo importante que son las primeras impresiones.

—¿No quieres ver el cadáver?

—La jefa está dentro, supongo.

—Sí.

—Pues basta con que lo vea ella. ¿O no te fías?

—Joder, Ana, no parece mala tía.

—No he dicho que lo sea.

—Vamos –sonrió Aitor–, pero que sepas que para mí tú eres la mejor; Xabier ya lo decía.

—Gracias.

Ana sonrió con amargura. Quería pensar que Xabier la había apoyado, que incluso Ander lo había hecho. Pero tenía que ir acostumbrándose. Todavía se sentía un poco tensa cuando coincidía con Idoia, pero sabía que así no podían funcionar. Y ella no quería irse de la unidad: aquel trabajo la apasionaba.

Se dirigieron hacia el gran salón. Debajo de la gran cúpula acristalada se encontraba la barra de forma ovalada. Estaba llena a rebosar de botellas de champán y de copas. Ana estaba asombrada: observó que solo servían Dom Perignon. En las últimas fiestas había cenado con Viuda de Clicquot, y en la cena de Nochevieja se bebió una botella entera, pues Álvaro solo tenía quince años y ni siquiera tenía ilusión por probarlo. Estaba segura de que ya le daba a la cerveza cuando salía con sus amigos, pero todavía no había tenido que presenciar ninguna borrachera. Cuando compró con ilusión el champán para Nochevieja observó los precios y comprobó que el de la mayoría de los más famosos rondaba los cuarenta euros, pero no vio ninguna de Dom Perignon. Por curiosidad había indagado en

internet y constató asombrada que todas las cosechas superaban los ciento cincuenta euros y había botellas cuyo precio superaba los mil. En aquella fiesta se habían abierto cientos de ellas, no quiso calcular lo que podría costar aquello en un hotel como ese, seguro que daba para comprar un coche de alta gama. Se volvió hacia Aitor.

—¿Qué sabes de la víctima?

—Parece que es el homenajead, Juan Artolabe, empresario; vive en un chalet de La Galea. Celebraban hoy su 70 cumpleaños. Como puedes ver, hay mucha pasta en esta familia.

—¿Quién ha encontrado el cadáver?

—El hijo mayor, Jon. Sobre la una de la mañana echó en falta al viejo. Le preguntó a la novia de su padre, María, una chavala más joven todavía que el hijo, y esta no tenía ni idea. Por la forma en que nos lo ha contado no parece que se lleven muy bien. Ha comentado como de pasada que no estaba para darse cuenta de nada; se la encontró totalmente borracha. Preguntó a sus hermanos y nadie supo decirle mucho. Subió a la suite que había reservado su padre y llamó a la puerta. Como no le contestaban volvió con un responsable de la recepción y este abrió con una llave maestra. No estaba allí; el empleado le sugirió que podría estar en la planta baja, en el baño quizá, y fue allí donde lo encontraron. Pidió ayuda a uno de sus amigos, que es médico, y este le confirmó que estaba muerto. Los del 112 nos llamaron porque parecía una muerte violenta.

—Entonces no sabemos cuándo desapareció la víctima, no tenemos la hora exacta.

—No.

—Supongo que por lo menos podremos acotar algo. Aitor, localízame al hijo.

—Vale, jefa, veo que tu cabeza empieza a funcionar. Cuando te he visto llegar tenías cara de pasmada; ahora ya tienes la habitual, la buena, la de la mala hostia.

Ana sonrió.

—Calla y trabaja un poco, anda.

Ana se acercó a Jon Artolabe, un joven alto, moreno y atractivo. Parecía muy afectado.

—Siento mucho lo que les ha sucedido —comenzó—, me llamo Ana Larburu y soy suboficial de la Ertzaintza. Todavía no tengo los detalles, pero al parecer se trata de un homicidio y me han dicho que fue usted quien descubrió el cuerpo de su padre.

—Sí, fui yo. Llevaba un rato inquieto, mi aita no estaba con ninguno de sus amigos, y nadie sabía decirme dónde se encontraba.

—Según me ha informado mi compañero, usted encontró a su padre a la una de la madrugada. ¿Sería capaz de recordar cuándo advirtió su ausencia?

—No sé, es difícil recordarlo. Creo que estuve buscándolo una media hora —dijo inseguro.

Ana intentó acotar el tiempo de la desaparición por otro camino.

—Supongo que en el momento en que usted lo echó en falta, la fiesta ya había pasado al vestíbulo. Me refiero a que usted le echaría de menos cuando ya todos los invitados estaban alrededor de la barra.

—Sí. Ahora que lo dice fue así.

—Imagino que antes habrán tenido una cena.

Jon sonrió. Con la ayuda de aquella policía empezó a recordar mejor.

—Sí. Yo estaba sentado en la presidencia con la familia más cercana y la cena iba a terminar con un pequeño discurso de mi padre, pero desistió porque no tenía casi fuerzas para hablar. Lo noté muy cansado, emocionado. Yo fui de los primeros en salir para ayudar a los empleados del hotel a organizar el traslado de la gente. Tardamos lo menos quince minutos en llegar hasta aquí. Y entonces todavía estaba mi

padre, porque propuse un brindis con champán antes de que la gente se dispersara.

—¿A qué hora fue ese brindis?

—A ver, estaba todo calculado. Empezamos a levantarnos de las mesas hacia las once y media. El brindis fue a las doce menos cuarto o a menos diez.

—Y desde entonces perdió de vista a su padre.

—Así es —dijo Jon como disculpándose—. Yo tenía que ocuparme de agasajar a muchos de los invitados que no se conocían entre sí; éramos más de cien.

—Muchas gracias; puede volver con los suyos.

—Si puedo hacer algo más, avíseme.

Tenían ya un primer intervalo de algo más de una hora: desde las doce menos cuarto hasta la una. Se dirigió a su compañero.

—Localiza a Alex y a Cristina. Hay que tomar declaración a todos los invitados. Vamos a hacer cuatro grupos; que lo organicen los agentes. Vamos a pedir a cada persona su identidad, la relación que tiene con la víctima, y si está hospedado en el hotel por esta noche. También hay que preguntarles si recuerdan haber visto a Juan Artolabe en algún momento desde que se trasladaron al vestíbulo y si recuerdan haberlo visto con alguien. Si fuera así, que nos den el nombre de la persona a la que vieron con la víctima; y si no la conocen que nos la señalen, porque imagino que no faltará ningún invitado.

—Así es. Eso ya lo hemos comprobado, jefa.

—No me llames jefa —se mosqueó Ana— y tampoco cerebritito.

Aitor sonrió.

—Esa es mi chica. Piensas mejor cuando estás cabreada ¿algo más?

—Sí, búscame al director del hotel.

—Mira, allí está. ¿Le aviso?

Aitor señaló a una persona de unos cincuenta años, moreno y de casi uno noventa de estatura. Estaba hablando con varios de los empleados mientras un agente de uniforme le miraba fijamente.

—No, déjalo, voy para allá.

Ana se presentó y le comentó al director que quería hablar con él en un lugar más apartado. Este la guio al salón Elkano, cerca del baño donde encontraron el cadáver, para que pudieran conversar tranquilamente.

—¡Qué suceso más lamentable! —se quejó—. Esto se ha convertido en un verdadero infierno. No sé qué hacer, ya puede perdonar. Jamás habían asesinado a un cliente desde que estoy al cargo.

—Tranquilo, entiendo su preocupación. Necesito conocer algunos detalles.

—Dígame.

—Necesito que me proporcione la lista de todos los empleados que han trabajado hoy en el hotel.

—Enseguida se la preparo. Aparte de los camareros, limpiadoras y empleados del hotel hemos tenido que contratar a personal suplementario para servir la cena y a algún cocinero también. Creo que todos son conocidos y de confianza. La mayoría de ellos se despidieron tras el final de la cena, pero los podemos localizar.

—No se preocupe. De momento solo quiero la lista. Eso sí, tiene que ser una lista muy detallada, por favor. Por cada empleado necesito un resumen de su ficha laboral además de la hora a la que se incorporaron hoy al trabajo y la hora a la que se fueron. Y algo similar necesito también de los eventuales. ¿Los contratan en una ETT?

—No, ya digo que son gente de confianza. Normalmente han entrado a trabajar para nosotros porque son conocidos o familiares de algún empleado fijo.



—Entonces quiero conocer la relación de cada eventual con el hijo que lo ha recomendado.

—Eso puede costarnos un poco más.

—No hace falta que me la dé hoy. Eso sí, nadie puede abandonar el hotel; da igual si han acabado o no su jornada laboral.

—Por supuesto —contestó el director y se levantó con presteza de la silla.

—Por favor, no hemos acabado todavía —sonrió Ana.

—Ya puede perdonar, dígame.

—Me ha parecido entender que algunos de los invitados están alojados o piensan pasar esta noche en el hotel.

—Sí, varios son residentes en otra provincia y han venido para la celebración. Algunos han venido hoy y otros lo hicieron ayer.

—¿Cuántos pueden ser?

—Unos veinte; y luego están los invitados que han reservado esta noche a pesar de vivir en Bizkaia, ya sabe, para poder beber tranquilamente.

—Entiendo.

—Y la familia, claro; don Juan alquiló dos suites y seis o siete habitaciones.

—Concréteme eso, por favor. Necesito un listado de invitados de otras provincias; también de los invitados de Bizkaia y de los parientes que tenían intención de dormir aquí.

—Por supuesto.

—Y una última cosa.

—Dígame.

—¿Hay muchos huéspedes que no asistieron a la fiesta?

—Veamos... son veinte habitaciones... Unos treinta huéspedes, aproximadamente.

—De acuerdo. Quiero saber quiénes tenían programado partir mañana. Necesito hablar con ellos antes de que se vayan.

—¿Son sospechosos?

—Aquí, como comprenderá, todos son sospechosos —sonrió Ana—. Incluido usted.

Le divirtió ver su reacción; la cara de sorpresa prácticamente lo descartaba como sospechoso.

—Intentaremos molestar lo menos posible —le aclaró para tranquilizarlo.

—Claro, claro; lo entiendo.

Ana se levantó de la silla y el gerente la acompañó. Al volver al vestíbulo, observó que Idoia ya había cogido las riendas. Sus compañeros la escuchaban con atención. Se sintió ligeramente molesta. Intentó pensar en otra cosa para que no se le notara el mosqueo.

Idoia la saludó con una sonrisa.

—Kaixo, Ana. Lo has organizado todo perfectamente. Vamos a empezar.